

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

FRANQUEO
CONCERTADO

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Cada 10 núms. quincenales, 1 pta. al mes

"Este precepto os doy: Amáos los unos a los otros como Yo os he amado."

(Jesucristo a sus discípulos.)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Calle de San Bernardo, 119, 2.º piso.

LA GRAN PROMESA

Difícilmente se olvidará José Roda de los sucesos de su último viaje a Cuba. Dos veces se ha embarcado para aquellas playas; pero cuán diferente el motivo del uno y del otro. En su primer viaje la ida fué obligatoria; iba de España a Cuba para defender la última posesión de su patria en América. Encontróse allí con un joven, Ignacio Torres, con quien trabó pronto íntima amistad. Ambos fueron destinados al mismo batallón y compañía y ambos estuvieron peleando juntos en la batalla de la loma de San Juan. José notó siempre en Ignacio un valor sin la menor señal de miedo; ni le espantaba la idea de que tal vez bien pronto entre el fragor de la pelea una bala peor que la otra que le había herido ya en otra batalla, le arrebatase la vida.

—¿Por qué temer, José?—decía Ignacio con sencillez e íntima persuasión. Dios sabe lo que nos espera; estemos preparados para todo. No me remuerde la conciencia de nada grave. Sólo me aflige el sentimiento de mi pobre madre que allá en España está solita y seguramente estará ahora mismo rezando por mí. Ten este Crucifijo, José. Ya ves, estoy mal herido; tal vez muera. Llévaselo a mi madre, si tú sales bien.

Y como la refriega parecía empezar de nuevo y las órdenes superiores urgían, José se separó de su amigo Ignacio casi con lágrimas en los ojos. A las pocas horas José caía herido también. A corta distancia pudo notar que yacía tendido en tierra otro soldado. No era español; tampoco era cubano; el uniforme parecía ser de un soldado yanke. Acercándose a él con dificultad pudo escuchar estas palabras: «Holy Mary, Mother of God, pray for us sinners now and at the hour of our death. Amen.» (Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén). Algo pudo entender José, pues recordaba un poco el inglés que allá hacía años había aprendido en el Colegio de los Jesuitas, cuando al empezar y terminar las clases rezaban esta oración en inglés.

Arrastróse cuanto más pudo hacia él y al notar su mirada y aspecto apacible y candoroso, y al pensar que quizás es-

taba más herido que él, sintió una fuerza interior irresistible que le animaba a ofrecerle el Crucifijo con la cadena de plata que Ignacio le había entregado, pues creía que aquel joven americano estaba bastante más grave que él y podría morir abrazado al Crucifijo. ¿No hubiera hecho Ignacio otro tanto en estas circunstancias? Recibiólo el yanke con muestras de singular agradecimiento y en seguida imprimió en el Crucifijo repetidos besos al mismo tiempo que pronunciaba palabras que José ya no pudo entender.

Pasáronse unos minutos y en José no queda otro recuerdo que el de un desvanecimiento que le sobrevino debido a la sangre que derramaba; el de que alguien se le acercaba y le llevaba... le llevaba. Después se encontró en la cama de un hospital militar. Vinole entonces a la memoria y a la imaginación la sonrisa angelical de aquel americano. ¿Qué será de él?, se decía. ¿Dónde estará el crucifijo de Ignacio con la cadanita de plata?

Fué después trasladado a la Habana, y restablecido un tanto de sus heridas embarcó rumbo a España. En su tierra natal acabó de restablecerse y se pudo entregar a los negocios durante varios años. Muchas fueron las veces que le vinieron a la memoria los hechos de la guerra, la fisonomía de su buen amigo Ignacio, y la de aquel joven simpático a quien en trance de tan tristes recuerdos entregó el Crucifijo de cadena de plata, besado con tiernísimo afecto tal vez la última, por aquel enemigo de su patria, es verdad, pero amigo y hermano en la misma religión. ¿Qué podría hacer él, José, para recuperar aquel Crucifijo y entregárselo a su amigo Ignacio? Pero, ¿quién sabe dónde se hallaría éste? ¿Habría muerto en la guerra, como tal vez el joven americano?

Pasáronse ocho años entre estos recuerdos, dulces unos, amargos los más. Tuvo necesidad José de hacer un viaje a la perla de las Antillas, y aunque con sumo sentimiento por las escenas tristes que le habían de evocar, visitó los sitios donde fué herido, casi estuvo, así le parecía a él, en el mismo lugar donde se despidió de Ignacio y donde entregó el Crucifijo al americano. Volvióse a la Habana, y como los negocios de su casa exigían su presencia en New

York, embarcóse en un vapor americano rumbo a aquella ciudad.

Salieron del puerto a eso de las tres de la tarde y al perder casi de vista a la ciudad se dirigía José hacia su camarote, cuando ¡oh encuentro singular! se halló frente a frente de su fidelísimo y buen amigo Ignacio. La escena que entonces se desarrolló no es para descrita; ni es menester describirla, pues fácilmente se imagina. Después de varias horas de íntima conversación en que recordaron hechos antiguos, y sobre todo el del Crucifijo de cadena de plata, notó José que Ignacio decaía en el entusiasmo de su conversación; su rostro palidecía cada vez más.

—Perdóname, José, dijo Ignacio; no me siento bien; voy a mi camarote.

José creyó que su amigo se sentía mareado, pues en efecto el mar estaba un tanto alborotado y él mismo empezaba a no sentirse bien. Después de unos minutos fué José a enterarse de cómo seguía Ignacio.

—Mira, José, no es mareo esta enfermedad mía. Desde que fuí herido en la guerra he venido sufriendo varios ataques al corazón. Cada vez son estos peores. Los viajes que me han recomendado los médicos como alivio a ellos, veo que no hacen mucho provecho. Hazme el favor de avisar al médico.

A los pocos minutos se hallaba José con el facultativo a la cabecera del enfermo, el cual pudo darse cuenta muy bien por los ademanes del Doctor que el caso era grave.

—José, no me ocultes lo que ha dicho el médico, Ya sabes que no temo la muerte, pero quiero prepararme bien para ella. Sé buen amigo ahora que más lo necesito. ¿Verdad que mi enfermedad es grave?

—Ignacio, siento tenértelo que decir; así lo es. ¿Qué haremos?

—Ante todo, hazme el favor de preguntar al Sobrecargo si entre los pasajeros hay algún sacerdote para que venga lo antes posible.

Volvió pronto José con la respuesta. Después de mucho revolver y revisar las listas no pudieron cerciorarse de que hubiera ninguno.

—Pues entonces, no muero de esta, José; dijo Ignacio resueltamente:

—¿Por qué, Ignacio?—exclamó José lleno de admiración.

—Sencillamente porque he cumplido varias veces con la devoción de comulgar nueve primeros viernes de mes seguidos en honor del Sagrado Corazón de Jesús, y éste no puede faltar a su promesa y dejarme morir sin sacramentos.

—Mira, Ignacio, lo que el Corazón de Jesús prometió, según tengo entendido, fué que no morirán en su desgracia los que los han hecho. Si se necesitase algún sacramento para obtener la gracia, el Corazón de Jesús se las arreglaría, pero tú, estoy seguro, no lo necesitas. Siempre has sido y eres tan bueno. Recemos el acto de contrición y otras oraciones.

Ignacio cerró los ojos y oró con todo fervor. Su fiel amigo José sacó el rosario del bolsillo y lo rezó varias veces. Unas dos horas se habrían pasado cuando de repente se abre la puerta del camarote y se presenta allí el Sobrecargo con una persona que le acompañaba.

—Señores, recorriendo la lista del Sobrecargo de segunda clase he averiguado que entró en la Habana este sacerdote. Aquí está, el Rdo. P. Francis X. Busch, que entiende algo el español.

El semblante de Ignacio cambió de repente, se llenó de alegría inusitada; besó efusivamente la mano que le extendía el sacerdote y le pidió enseguida que le oyera en confesión. Terminada ésta en breves minutos entró José en el camarote. Entonces el Padre Busch sacando un Crucifijo con una cadena de plata, se lo quiso poner al cuello del enfermo.

—Dios mío, exclamó Ignacio sobreexcitado y con los ojos intensamente fijos en aquel objeto; este es mi Crucifijo; el que me regaló mi madre cuando yo era niño. José, mira el Crucifijo de cadena de plata que te encomendé aquel día memorable. ¿Dónde le encontró usted, Padre?

—¿Encontrarlo? Yo no lo he hallado. Durante la guerra contra España, en la batalla de la loma de San Juan, y estando yo muy mal herido, un joven soldado español me lo dió para que muriera abrazado a él. Besándole una y muchas veces, hice voto con todo el fervor de mi alma de que si el Señor me daba la vida la emplearía en su servicio entrando en religión. Y lo he cumplido, como veis.

—Yo, yo soy el soldado que se lo entregó, Padre, dijo José todo emocionado.

—Oh, mi santo Crucifijo, exclamó Ignacio con lágrimas en los ojos, mientras lo cogía con ambas manos y lo llenaba de repetidos y frecuentes besos, en los que iban envueltos el afecto y el amor a Jesús de su alma entera. Y respondiendo entre sollozos a las invocaciones de las letanías de los agonizantes, con su vista intensamente fija en el Crucifijo que tenía entre sus trémulas manos, e imprimiendo en él un beso cariñosísimo, entregó Ignacio plácidamente su espíritu al Señor.

El Corazón de Jesús había cumplido una vez más su promesa hecha a Santa Margarita María de Alacoque de una manera tan singular, providencial y casi milagrosa.—V. SANDY.

DE LA VIDA SENCILLA

Vida inquieta, frenesí de la ambición desmedida... ¡qué mal comprende la vida el que la comprende así!

Vida serena y sencilla, yo quiero abrazarme a tí, que eres la sola semilla que nos da flores aquí.

Conciencia tranquila y sana es el tesoro que quiero; nada pido y nada espero para el día de mañana.

No voy de la gloria en pos ni torpe ambición me afana; y al nacer cada mañana tan solo le pido a Dios:

Casa limpia en que albergar, pan tierno para comer, un libro para leer y un Cristo para rezar; que el que se esfuerza y se agita nada encuentra que le llene, y el que menos necesita tiene más que el que más tiene.

José María Peman.

NUESTRO DIA

El amor de España a la prensa católica se va manifestando cada vez con más entusiasmo y prosperidad.

Nuestra Patria, por la elocuencia de los hechos, por los frutos producidos, está convencidísima de esto mismo que acaba de decirnos nuestro Cardenal Primado:

«Cuanto más católica sea la prensa y cuanto mayor difusión haya logrado en un pueblo, ejercerá indudablemente mayor influencia en la educación cristiana de las inteligencias y de los corazones, moldeará más cristianamente las costumbres públicas, orientará más certeramente en orden al bienestar común la opinión de las muchedumbres, contendrá más poderosamente los avances del mal y defenderá más denodadamente la buena causa.»

Y así la estimula y ayuda con superabundancia.

Véanse los siguientes resultados que son elocuentísimos:

En el año 1916, primero del establecimiento del *Día de la Buena Prensa*, se recaudaron para la misma 93.074,85 pesetas.

En 1917, fueron 75.371,12.

En 1918, 114.881,75.

En 1919, 120.295,37.

En 1920, 144.419,87.

En 1921, 152.529,46.

En 1922, 149.878,96.

En 1923, 174.399,20.

En 1924, 162.435,63.

En 1925, 158.931,78.

En 1926, 156.728,43.

En 1927, 174.472,61.

En total recaudado en los 12 años: 1.677.419,03 pesetas.

En esta recaudación figura nuestra provincia, por el año de 1927, con 4.453,58 ptas. En 1926, fueron 4.164,41 y en 1925, 4049,45.

¡Católicos, no desatendáis nunca al «arma más potente del apostolado cristiano», que de tal la ha calificado Nuestra Santa Madre la Iglesia!

CHARLA

—Mi respetable señor Párroco y amigo, ¿qué tal anda por aquí el importante asunto de Religión?

—A muchos grados... bajo cero.

—¡Uy!... ¿Cuántos son ustedes en la empresa?

—¡Solo!!... ¡Completamente solo! Y bien sabe Dios que trabajo lo indecible.

—Lo creo porque conozco su celo y su ilustración. Sin embargo, me parece que no se ha fijado V. en un poderoso auxiliar de tal clase y condición y tan al tanto de las costumbres y necesidades de la época presente, que si V. lo utilizara siempre, sería como la gota de agua: llegaría a hacer huella en la más dura piedra.

—Le advierto a V. que he dado y sigo dando gran esplendor al culto, que sacrifico en lo que puedo mi bolsillo, trayendo de vez en cuando oradores elocuentísimos; se me felicita por ello y después siguen su vida como si tal ráfaga de piedad no hubiese pasado por este pueblo. ¡Ni se acuerdan de lo oído!

—¿Y si V. tuviese a su disposición un misionero todos los días...?

—Se cansarían de venir al templo, encontrando muy molesto el paseito diario y me temo que habría que suspender la predicación por falta de oyentes.

—Y si ese predicador, ese misionero visitase a todos los del pueblo cuando y como sus feligreses quisieran, dándoles también la predicación en forma amena, confidencial, de amigo a amigo, ¿cree V. que algo podría conseguirse?

—Desde luego mucho, pero ese recurso es imposible, no habría predicador que tal faena resistiese...

—Me extraña que aun no haya usted caído en la calidad, fuerza, influencia y carácter del misionero que le ofrezco... sí, señor, que le ofrezco, no se admire. El sacerdote que predica en el púlpito o desde el altar cuando la misa, se expone a no tener auditorio adecuado o escaso, pero el periódico con sus mil recursos de información y amenidad puede tenerlo y de hecho lo tiene inmenso, por esto dijo Pío IX «que un buen periodista hace más que media docena de predicadores». Un buen periódico es una misión perpétua en una parroquia. El sacerdote no puede entrar en todas partes ni a todas horas, el periódico sí, y éste sin respetos humanos, sin temores de ninguna clase, un año y otro año, jamás envejecido, siempre dispuesto a ser cogido y leído. Por muy cerrada que se halle la puerta cabe por debajo de ella una hoja de papel; el que no admite en su presencia al párroco, admitirá el periódico y lo leerá aunque sólo sea por curiosidad y así irá entrando en el conocimiento de las verdades de nuestra santa Religión y una vez bien conocidas y sostenido en su fervor por leerlas un día y otro, llegará a ser ese incrédulo, ese indiferente, un ejemplar feligrés.

—¡Tiene V. muchísima razón, el buen periódico es el gran recurso, salvo la voluntad de Dios, para la salvación de

las almas y de los pueblos! ¿Pero cómo yo antes no habré caído en este Coadjutor admirable y poderoso? Y más, observando que en este pueblo entran periódicos poco o nada recomendables.

—Misioneros del mal que se van poco a poco apoderando de las ovejas de usted. Vea, pues, dónde está el gran recurso tan ponderado y recomendado por nuestros eminentes, por nuestros Pontífices, sin que en ello pongamos la debida atención.

¿No comprende V. que el poder de la prensa es tal, que se entra por los ojos y que ni aun cerrándolos deja de verse? Ella encauza o extravía, mueve o sujeta, impulsa o retarda. Mueve a las muchedumbres con una facilidad asombrosa. Don Andrés Manjón dejó dicho que el mundo moderno es la prensa.

Pues bien, señor mío, proceda V. con sentido práctico. Difunda y proteja el periódico católico en su parroquia si quiere alcanzar saludables frutos de bendición.

—Lo protegeré y lo difundiré con toda mi influencia y con todos mis posibles. Me suscribiré a cuantos pueda suscribirme y los repartiré directa e indirectamente, según las circunstancias y personas. Le advierto que hasta en las tabernas se verán mis periódicos.

—Y en lo que V. no pueda vaya buscando personas que le ayuden moral y pecuniariamente, que no dejará de encontrarlas, bien convencidas todas de que «en los tiempos modernos la señal del cristiano es el periódico», como decía el P. Ugarte en *Paco Lecturas*.

—Tan convencidísimo me ha dejado V. de la eficacia de esta «gran palanca» que he de desquitar el tiempo perdido.

—Vea V. un ejemplo de esta actividad en pro de la buena prensa. Puede tomar apuntes:

Folleton de RELIGION Y PATRIA (8)

EL HIJO DEL REY

En estas horas de amargura parecía aquilatarse el valor de Luis XVI, ese valor verdadero y nada común que consiste en soportar con paciencia la desgracia. Cuando cesaba el tumulto y desaparecía la causa de la alarma, reunía a su familia y procuraba hacerle olvidar sus angustias, conversando con el Delfín y proponiéndole la explicación de un enigma, y la inteligencia con que el niño contestaba conseguía secar las lágrimas de su madre y de su tía.

—Luis, le preguntó una vez el Rey:—¿cuál es la cosa más bella, más noble y mejor?..

—¿Cuál ha de ser sino mamá?—contestó al punto el Delfín, echándose en los brazos de la Reina.

—No me dejaste concluir—prosiguió su padre.—Te pregunto qué cosa es la más bella, la mejor y más noble, y a la que recha-za con tanta frecuencia la humanidad.

—La verdad, la verdad, papá; pero no he adivinado yo, sino que mi hermana me lo dijo al oído.

Así pasó el otoño de 1792, y llegó el invierno sin traer ningún alivio a la situación de los cautivos. Una noche, cuando estaba la familia Real reunida en el salón, el Delfín,

«El abate Waller modelo de propagandistas.—Su parroquia de Pontsur-Sambre, es una de las más pobres y consiguió á pesar de eso, que se recibiesen en ella 310 ejemplares del buen diario o sea tantos como familias. El venir todos en un paquete abarataba su coste... Los pobres no pagan más que cinco céntimos por semana o por mes, y según su posibilidad o su buena voluntad, se suscribieron con una cuota fija las demás personas, resultando que la piedad y la riqueza de los unos suple lo que falta a los otros, hasta poder contarse con lo preciso para pagar la suscripción. La recaudación se hace distribuyendo en decenas todos los suscriptores y poniendo al frente de cada una un celador encargado de recoger las cuotas. Una casa de la confianza del cura, recibe los paquetes de ejemplares, y de repartirlos se encargan las Hijas de María.»

—Hermoso plan de campaña que acepto. Remítame V. muestras de periódicos y revistas para escoger lo más apropiado a esta parroquia.

—Será V. servido con urgencia. Ahí van estos por de pronto.

La noche de San Juan

«La noche de San Juan quise saber si me casaría; ¡ay, las pruebas me dijeron que soltera quedaría!»

(Canción popular)

Lo había leído en una Ilustración y hasta había visto el grabado correspondiente. Aquella misma noche, cuando nadie la viese, ¡qué vergüenza si la descubrían!, iba ella á hacer la prueba.

Llegó la noche de San Juan y con ella la hora deseada. Tomó el envoltorio en sus brazos, lo tapó cuidadosamente con la mantilla y se dirigió, co-

con la curiosidad peculiar de la infancia, preguntó a su padre cuál era el libro que leía con tanta atención.

—La historia de un rey desgraciado, de Carlos I de Inglaterra—respondió Luis XVI.

—Y ¿por qué fué desgraciado? ¿Su pueblo también lo hizo poner en la prisión, como lo ha hecho el tuyo, papá?

—Sí, hijo mío; hay una gran semejanza entre su vida y la mía; y temo también que la haya entre nuestros destinos.

La Reina dió entonces un profundo suspiro y dirigió a su marido una mirada llena de tristeza.

—Cuando seas hombre, prosiguió el Rey, podrás leer y comprender este libro, que no es propio para tu edad: ahora te daré uno que te he hecho comprar, lleno de historias sencillas e instructivas; ese es el que te conviene.

VII

La situación de la familia Real se hacía más penosa a medida que avanzaba el invierno, pues sus enemigos habían suprimido la mayor parte de las comodidades que les habían permitido hasta entonces. Los alimentos de los prisioneros eran ya más sencillos y menos abundantes: disminuyeron el número de los criados; cambiaron, por una de estaño, la vajilla de plata, y reemplazaron definitivamente, con velas de sebo, el

mo el que no quiere la cosa, al río cercano.

Ya sus pies tocaban el agua; desenvolvió el paquete misterioso sacando de él una hermosa corona de flores naturales. ¡A la una! ¿La arrojaría lejos ó cerca? Cerca, cerca para verla mejor. ¡A las dos! ¿Qué resultaría de la prueba? ¿Se casaría? ¿Quedaríase para vestir santos?... No es que estuviera mal con sus padres, pero casada... Fuera vacilaciones ¡A las tres! Ya está la corona en el agua. Carolina no la quiere ver de pronto; le parece mejor cerrar un momento sus ojos para gozar un poco en la incertidumbre. ¿Será verdad estas cosas que dicen de la noche de San Juan? ¿Podrá indagarse algo en lo porvenir? ¿Qué me espera á mí?... Veamos, ¡Horror! al través del agua vió su corona, su hermosa corona de flores muy quieta en el fondo!..

¡Cuánto lloró Carolina aquella noche!

A fin de consolarse un poco de la cruel desilusión que acababa de sufrir, pidió permiso en el taller la tarde del día de San Juan y con otras amigas se dirigió á la romería.

Allí pescó un novio, un joven como ella cantaba siempre

estrecho de cintura
alto y moreno,

un joven como ella lo deseaba.

El rapaz era de buena pasta, cosa rara en los tiempos que corremos, y tan buen rumbo tomaron las relaciones, que á los seis meses Carolina y Antón eran esposos. ¡Cómo engañó la corona!

Cuando sabe Carolina de alguna joven casadera que no deja de hacer pruebas la noche de San Juan, se la oye exclamar:—«Sí, sí fiense de la noche de San Juan. ¡Surpepciones y nada más que supersticiones!»

O como dice una vecina mía: *bruixerías*.
J.

alumbrado de bujías. Nadie podía entrar en los departamentos del Rey, e introducían la comida por un torno. Un municipal llamado Heberto, antiguo registrador en un teatro, que había perdido este empleo por abuso de confianza, era el guardian inmediato de los prisioneros.

Alarmada constantemente por las siniestras noticias que le llegaban todos los días, la desgraciada familia Real no tenía un momento de calma. Nunca el Delfín había visto llorar así, y sus gracias y sus caricias no eran ya bastante poderosas para traer una pasajera sonrisa a los labios de sus padres. Estos no le revelaban nunca sus temores, ni le dejaban conocer el peligro que les amenazaba; y el pobre niño repetía a menudo, mirando el semblante siempre severo de su padre.

—No te harán mal, papá, porque tú no les has hecho sino bien.

El 20 de Enero de 1793 comunicaron a Luis XVI la sentencia muerte, que el odio de sus enemigos acababa de pronunciar contra él. Luis XVI pidió una entrevista con su familia y le fué concedida. A las ocho de la mañana, la Reina, que llevaba de la mano al Delfín, madama Isabel y María Teresa, se arrojaron sollozando en los brazos del Rey; pero esta escena de desesperación duró solo unos momentos; poco a poco se calmaron los primeros transportes de ese dolor sin

Los monumentos de España al Corazón de Jesús

Según la lista que se está llevando, se han inaugurado en año y medio en España, veintitrés nuevos Monumentos dedicados al Corazón de Jesús, además de los muchos que había ya antes. Es muy rara la semana que no leamos en los periódicos la noticia de que han principiado a construir uno, o de que hay proyecto de construir otros.

La casi totalidad de ellos los han puesto en los montes más visibles de la mayor parte de los pueblos de las Diócesis que los construyen.

De seguir así no quedará dentro de poco tiempo ninguna provincia en España sin tener su correspondiente Monumento levantado al Corazón de Jesús.

Mucho nos complace el ver este movimiento y entusiasmo que hay en toda España y este aumento tan grande en la devoción al divino Corazón.

Realmente se está confirmado la Promesa que le hizo el Corazón de Jesús al Venerable Padre Hoyos al decirle:

«REINARÉ EN ESPAÑA Y CON MAS VENERACIÓN QUE EN OTRAS PARTES».

NOTICIAS

Coste proporcional de la instrucción pública en España.—Cálculase que en España hay cuatro millones de niños de la llamada edad escolar. Asisten a las escuelas dos millones aproximadamente. A los Institutos de segunda enseñanza, 74.839, y a las Universidades, 28.781.

El Estado gasta en instrucción pública 21,62 pesetas por cada niño, o 43,24 por cada niño matriculado, ya que sólo están matriculados la mitad; de ello pagan los Municipios el 27 por 100; en tanto, gasta el país, por cada alumno universitario 262 ptas. (Conferencia del profesor de la Escuela Normal de Cuenca, D. R. Llopis.)

Congreso Católico del Cine.—Ha sido nombrado delegado en España del

Congreso Católico Internacional de Cinematografía, don Manuel Villarreal Pérez.

Las adhesiones al Congreso pueden enviarse al citado señor, calle Andrés Mellado, 18, Madrid.

La higiene y el colorete.—En la Sociedad Española de Higiene ha continuado discutiéndose la indumentaria femenina.

El doctor Orca combatió las pinturas, afirmando que el rojo en los labios es venenoso.

El doctor Yagüe se refirió a los trastornos digestivos producidos por la absorción de colorete.

¡Si se lo mandaran por penitencia...!

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sr. D. L. N.—Madrid.—Pagó fin 1928.

Sr. D. M. R.—Oviedo.—Todo cumplido admirablemente. Dios premie sus trabajos.

La Reconquista :: S. Bernardo, 99 - Gijón

Joyería, Platería y Relojería DE MELCHOR OSORIO

Recomendamos esta casa por su seriedad y competencia.

:: Especialidad en relojes de todas clases y marcas ::

Compro alhajas. Pago todo su valor.

Pi y Margall, 13 -:- GIJÓN

Honorio Manso Médico-Dentista

Corrida, 24, 2.º (esquina a la del Carmen)
GIJÓN

Colecciones de «RELIGION Y PATRIA»

Años 1926 y 27

A 4 pesetas colección.
Las de años anteriores están agotadas.

Ferretería Gregorio Alonso (S. A.)-Gijón

Detalle: San Bernardo, 59 y 61
Almacenes: Premio Real y Molino

Telegramas y telefonemas:
GALONSO

Teléfono Detall: 200
Teléfono Almacén: 383

Almacenes de Ferrería, Quincalla, Loza y Cristalería: Artículos sanitarios: Herramientas para Ferrocarriles y Minas

Doctor EMILIO VILLA ESPECIALISTA — Electricidad médica.

Enfermedades del PULMÓN y CORAZÓN

Consulta: De 11 a 1 y de 4 a 6. :: San Bernardo, 148 :: Teléfono: 797 :: GIJÓN

SIDRA CHAMPAGNE

“ZARRACINA”

Se sirve en todos los establecimientos y hoteles de primer orden, y en los Coches y Restaurants de la Compañía Internacional de Coches-Camas

INDUSTRIAL ZARRACINA (S. A.) — GIJÓN

GRANDES ALMACENES

de Vidriería y Fabrica de Espejos

Vidrio de todas clases, nacional y extranjero. Vidrieras artísticas de colores. Grabados en vidrio. Fábrica de ácido fluorhídrico y fluoruro de sodio

M. BASURTO

Despacho: San Bernardo, 135 :: Teléfono 230
- GIJÓN -

Acebal, Rato y Comp.ª

Barrio del Tejedor :: Teléfono 13—28
— GIJÓN —

Locinas sistema BILBAO y de todas clases para carbón y para leña.

Piezas de recambio para las mismas.
Artículos de hierro fundido, como bajadas de agua, lucernas, columnas, banos de jardín y cuantos encargos se hagan.

RAPIDA ENTREGA DE LOS PEDIDOS

“La Fama Asturiana”

Se recomienda por sí sólo el chocolate de esta marca.

Vídense en las tiendas de comestibles.

TALLERES MECÁNICOS DE CONSTRUCCIÓN Y REPARACIÓN DE MAQUINARIA DE

Saez, Pérez y Montero

Barrio del Tejedor :: Teléf.1354 :: Gijón

Maquinaria para Chocolaterías y Panaderías.
Fundición de bronce y hierro.
Reparaciones de buques y maquinaria en general.
Prensas y mayadoras para manzana.

FUNERARIA DE

HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

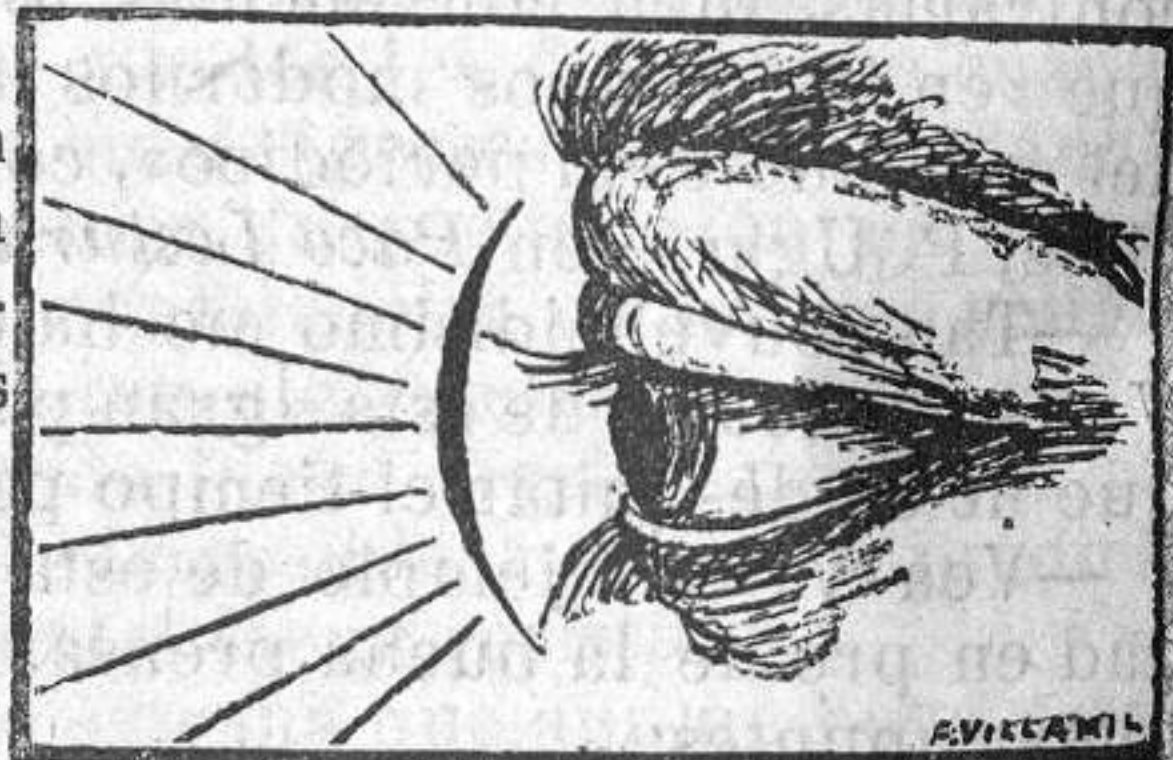
La más antigua de la provincia
Moros, 40 :: GIJÓN :: Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

Prontitud :: Esmero :: Economía

Se hacen en el día las recetas de los señores

OCULISTAS



Cristales Koh-i-noor (montaña de luz), Zeiss, Woigtländer, etc., etc. Las mejores Marcas del mundo.

Ojos cristal, gran surtido.

F. VILLAMIL

Martínez Abades, 3 (antes Sta. Lucía) Gijón

Agustín María Monéo

MEDICINA Y CIRUGIA GENERAL

Especialista en partos y matriz
Rayos X y Electricidad Médica

Consulta de 10 a 1 y de 3 a 6—Gratis a pobres de 6 a 7

Innerarity, 39, esquina a Jovellanos

TELÉFONO, 1097

Avisos de noche por el guardia.

ULTRAMARINOS FINOS

DE

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Cápua, 31

GIJÓN

C. Teléfono, 312.

Doctor Calisto de Rato y Roces

Especialista en enfermedades del sistema nervioso.

Cincuenta y un años de práctica.

Consulta: Mañana y tarde.

Corrida, 63. — GIJÓN